

O. C. Toros X



## ¿Crítico?... ¡nunca!

A Timoteo Orbe.

A propósito de un artículo mío que leyó usted en estas mismas columnas, me excita à que me dedique à crítico. «Yo creo que son estériles las lamentaciones—me dice usted.—Una crítica vieja es la aliada natural de una literatura vieja, y en lugar de lamentarse de la falta de una crítica verdadera, era mejor hacerla. ¿Por qué no cultiva usted la crítica? ¿Por qué no toma usted posesión de ese puesto que está hoy vacante en España?» ¿Yo, amigo Orbe, yo? ¿Que lo tome quien quiera!

Dígame usted à renglón seguido, en su carta, muy buenas cosas acerca de los viejos y los jóvenes, y otras, que no debo juzgar, acerca de las facultades que para crítico cree usted que yo tengo.

¿Que sería esa labor para mí de mayor lucimiento que las emprendidas hasta ahora? ¡Pero sí yo no quiero lucirme! No, amigo Orbe, no; yo he de seguir, Dios mediante, con la «inconcreción» de mi trabajo, sin dedicarme à especialidad alguna—aborrezco el especialismo—ni à economía, ni à filología, ni à crítica... à crítica menos que à nada. Yo seguiré con mi «enciclopedia», por superficial é incoherente que me resulte, y seguiré, sobre todo, entregándome à los «arrechuchos místicos» cuando buenamente me den, y hasta à las «excursiones al laberinto teológico». Yo con mis cosas, cada uno con las suyas; siguiendo yo mi camino, el mío, no el que los demás me tracen. Pero de esto he de hablar de largo en mi ensayo «¡Adentro!».

Pero... ¿crítico?, ¿crítico?; ¿tan mal me quiere usted? Eso de meterse à crítico es cosa terrible. Alguna vez, es cierto, he escrito alguna crítica cuando buenamente me ha brotado de dentro; he criticado algo porque lo he leído, y lo he leído libremente, sin compromiso; ¿pero leer para criticar? ¡horror! Me acuerdo de aquella distinción de Schopenhauer entre los escritores que escriben porque han pensado y los que piensan para escribir. ¿Crearme la obligación de leer lo que en España se produce, aunque sólo sea lo más granado de ello? ¡Dios me libre!

¡No, amigo Orbe, no! Me va muy bien sin leer apenas nuestra producción española contemporánea, ignorándola casi por completo. ¿Usted sabe acaso el penoso trabajo que es el leer lo que le remiten à uno los autores cuando le piden juicio? Es de todas las esclavitudes à que la vida social nos condena, una de las más duras. ¿Y qué dirá usted de cierto celeberrimo literato nuestro que apenas lee más que los libros que le regalan? ¡Oh, no, no, no y mil veces no! ¡crítico, no! ¡crítico, no!

He observado que los críticos se agotan mucho antes que los demás escritores y que suele ser mucho más lamentable su decadencia.

Claro está; ¡obligados los pobrecitos à tragarse tanta broza...! Que el eminente Fulánez ha escrito una nueva obra: no hay más remedio, tengo que hacer su crítica, porque sino, ¿qué dirían de mí? Preseindir de Fulánez... rencillas viles... estrechez de espíritu... Y échate al colete la obra del eminente Fulánez, aunque sea un puro opio, y no la dejes à la cuarta página, cuando te da ya sueño, no sea que te conozcan que la juzgas sin haberla leído... Comprendo à los críticos que escriben sus juicios sin haber leído la obra juzgada.

No por eso proscibiría yo à los críticos de la república de las letras (república, oligarquía, anarquía ó lo que sea), no, no los proscibiría, porque el crítico es un mal necesario. Mientras haya un público que necesite que le subrayen las cosas, el crítico hará falta. Pero yo creo que debían estar à sueldo de las casas editoriales, y dedicarse el crítico de la casa A à elogiar las obras que esta casa edita y poner por los suelos las de la casa B ó C. Esto, aunque parezca estúpida paradoja, elevaría el prestigio de los críticos.

Yo creía ¡cándido de mí! que se publica una obra de verdadero valor, y uno que la leyó, quedando por ella cautivado, se la recomendó à seis de sus amigos, y dos de éstos la leyeron y la recomendaron à su vez à otros amigos, y fué así, tal vez en progresión geométrica, creciendo la fama de la obra. Pero me dicen que no, que el que lee algo y le gusta se lo calla, seguro de que no le harán caso porque no es crítico. ¿Ha publicado Zutánez una nueva obra? Esperemos à ver lo que dice de ella nuestro crítico, el de nuestro diario.

¿Crítico? ¿Crítico yo? ¡Vade retro, Satanal! ¡Cualquier día me impongo yo la obligación de echarme al colete la obra entera del ya laurea-

do Mengánez, para hacer un juicio de ella... Los disgustos que eso habría de acarrearle, la enemistad de éste, la malquerencia de aquél, el uno porque le dije que su obra era vulgar (esto diría de mil veces las novecientas noventa y nueve); aquél porque le pareció mi elogio un elogio de compromiso; el otro porque le alabé sin compararle, sin decir que era superior à Fulánez ó Zutánez, porque los juicios no comparativos, sabido es, no valen, es como decir *hermosísimo* y no *el más hermoso de todos*... todo esto, la avalancha de los incomprensidos, no es nada junto à la obligación de tener que leerlos. ¿Crítico? ¡No, no, no, y mil veces no! ¡Que los lea su abuela!

Miguel de Unamuno.

(X) - Nota autógrafa del autor en el ejemplar del periódico: "Pereda me lo confesó el mismo."



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES